

Arsenio N. Luz
La casa de Blasco Ibáñez en Menton
(*La Vanguardia: diario filipino independiente*, 31-10-1931)

Mentón, Alpes Marítimos, septiembre 16.—Allá en 1920 Vicente Blasco Ibáñez, muy frescos aún los laureles con que Occidente y aun buena parte de Oriente habla orlado sus sienes a cuenta de su última genialidad, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, el inmortal valenciano estaba en Nueva York para recibir los aplausos y la consagración de la más rica y la más «snob» democracia del mundo: los Estados Unidos de la América del Norte.

A *dollar* por palabra

D. Vicente, que como buen hombre moderno sabía muy bien amalgamar los dictados de su divino saber e inspiración con los intereses materiales, había aceptado la invitación de la Universidad de Columbia para que en ella diera una serie de conferencias sobre «Los conquistadores españoles» y sobre «La España civilizadora y gloriosa», al mismo tiempo que había consentido graciosamente en escribir una serie de artículos sobre México para el *New York Times* y su servicio de artículos patentados casi a un *dollar* por palabra. A raíz de aquellos soberbios artículos, modelos de gran reportaje a la moderna, el *Times* y otros diarios metropolitanos de América se complacieron en decir que el gran novelista español había puesto cátedra como el más destacado periodista de su época y que los periodistas americanos harían bien en postrarse de hinojos ante él y aclamarle como su maestro.

Obras definitivas

Después de una de sus memorables conferencias en Columbia, que le valieron la toga de Doctor en Leyes, «honoris causa», presenteme a don Vicente, me hice conocer como periodista filipino y admirador suyo desde muchos años, y sin otros preámbulos le espeté la siguiente pregunta:

—Dígame Vd., don Vicente, entre sus muchas obras ¿cuáles son las dos que más le satisfacen, las dos que Vd. considera como definitivas?

Con su seguridad acostumbrada, el grande hombre me contestó al acto y sin titubear:

—Como pensada, *Los muertos mandan*; como sentida, *Entre naranjos*.

Refugio y taller del genio

Este incidente retorna vivido en mi memoria en esta hermosa y apacible tarde del mes de septiembre, aquí en Menton, en la hermosa colina florida de Fontana Rosa, aquí en la misma casa y la misma huerta que Blasco Ibáñez construyó para refugio y taller de su genio y para reposo de su cuerpo de luchador y de obrero

insaciable, cabe el paisaje sin igual de los Alpes Marítimos y el eterno azul del Mediterráneo.

«The Novelist's Garden», «Le Jardin des Romanciers», como rezan las dos leyendas que coronan el colorido portal de la antigua mansión del genio es, cabalmente, la síntesis espiritual y material de «los muertos que mandan», de la tradición espiritual y literaria, del pasado de prejuicios, de amores y de pasiones que nunca mueren y que constituyen la esencia de nuestra vida, aunque aparentemente «quien manda es la vida, y sobre la vida, el amor». Y aquel reciente y alegre paraje, lleno de naranjos en flor, importados de su inolvidable Valencia, es el marco de su propia novela florida, de su vida de aventuras amorosas, de la égloga y el drama de su propio amor que paseó su romanticismo y su deseo por todos los ámbitos del mundo para al fin refugiarse en su Fontana Rosa de la Riviera, entre naranjos en flor, que son los cirios perfumados y gratos a diosa Natura que su arte y su idolatría de panida han encendido en el altar de sus dos grandes pasiones: el amor al mundo y el amor a la mujer.

Atalaya de Napoleón

Todo el que va a Niza, «la reina de las ciudades y puertos de la Riviera», siente inmediatamente el normal deseo de ambular por el paseo o la Explanada de los Ingleses, sin duda el trecho de tierra más bello en esta la más bella región de la bella Francia, y luego ir a Montecarlo en automóvil o autobús pasando por la maravillosa carretera que corona los Alpes, obra de la incontenida y creadora ambición imperialista del olímpico corso que con sus hazañas llena más de la mitad de la historia de su patria adoptiva. Esa atrevida empresa de ingeniería, hoy el mejor punto de observación de la incomparable Costa Azul, que desde las curvas y puntos estratégicos de la «Grand Corniche» ofrece espléndidamente a los ojos del viajero sus más bellos secretos, es, en realidad, una de las obras-cumbre que la portentosa energía de Napoleón Bonaparte ha hecho construir para desde allí contemplar las bellezas de la entonces adormecida Italia y luego caer sobre ella y poseerla. Después de recorrer era carretera, el viajero más pacífico y pacifista acaba por bendecir la memoria del bélico «petit caporal» que con ella le ha hecho gozar de una de las más hermosas e imborrables emociones que sentirse pueda ante la contemplación de las obras maestras de la naturaleza.

Lógicamente, inmediatamente cedí a este normal deseo: me di mi primer paseo por la famosa y fastuosa «promenade», momentos después de llegar a Niza, y al día siguiente fui en automóvil a Montecarlo pasando por la «Grand Corniche». Al hacer esa excursión mis tres objetivos principales eran: admirar el más bello trayecto de la Costa Azul; visitar la casa de Blasco Ibáñez en Menton, y ver el famoso Casino de Montecarlo.

La viuda del novelista

Este articulito de impresiones va dedicado a la visita que hice a la evocadora vivienda en Menton del gran novelista del siglo XX, hogar hoy huérfano de la potente vitalidad que no hace mucho lo llenaba por completo, pero que conserva, sin embargo, la huella imborrable, la estela espiritual persistente del genio que lo habitó.

Se entra por aquel hogar, hoy tan visitado por admiradores de todas las razas y continentes que por allí pasan, y que está llamado a convertirse en santuario internacional, sin ceremonias y sin siquiera previo aviso. No hicimos más que expresar al «chaffeur» que nos llevaba nuestro deseo de visitar la finca de Blasco Ibáñez y presto nos vimos ante el alegre y atrayente portón, adornado de azulejos y lozas valencianas de sonriente colorido. A la legua se advierte que aquel pedazo de jardín valenciano no podía ser otro que la vivienda del portentoso creador de un portentoso mundo novelesco que vivirá mientras la belleza y el genio literarios sean admirados por el hombre, y que habiendo sido cosmopolita por su vida y latino por su genio fue siempre, ante todo, español, y sobre todo, valenciano.

Una tirada del cordón de la campana y se abre la puerta apareciendo enmarcado en ella una figura simpática y sencilla, de cara extrañamente conocida, pero cuyo nombre no acertamos a fijar. Es Ramón Jiménez, el hombre que por espacio de más de veinte años fue servidor personal y admirador y hasta amigo de don Vicente. Brevemente le hicimos saber nuestro deseo de conocer el hogar del gran maestro. Díjonos que tendría mucho gusto en enseñarnos toda la finca, pero antes nos iba a presentar a doña Rosa, la viuda del novelista, opulenta y linajuda dama sudamericana que vive consagrada a la memoria de su «pobrecito Vicente». Doña Rosa nos dijo que se acordaba mucho de Filipinas, y del solemne recibimiento que el Senado tributó a su marido. Uno de los grandes pesares de su vida es que su esposo no haya vivido para ver el triunfo de la República en España, una de las causas más sagradas para él y a la que consagró parte de su vida. Y luego encomendándonos a Ramón Jiménez, que conoce la finca mejor que nadie, le instruyó para que nos enseñe todo lo que pudiera sernos interesante.

Alegre jardín valenciano

Como golpe de conjunto, la finca nada tiene de extraordinaria. Es sencillamente un alegre jardín valenciano, acaso bastante recargado de color, y unas edificaciones de apariencia y también de subido sabor valenciano. Al entrar, en primer término, un magnífico busto de Blasco Ibáñez que preside todo aquel conjunto, póstumo homenaje de la viuda. En el fondo de la izquierda unas terrazas plantadas de naranjos y limoneros, y unas hermosas pérgolas con su parral cuajado de uvas. Más abajo, ya en la pequeña explanada, y como formando

un conjunto aparte, el pequeño jardín de Cervantes, en cuyo centro yergue su señorial testa el glorioso príncipe de las Letras Castellanas. Detrás y encuadrándolo en semicírculo un banco de azulejos valencianos en cuyo espaldar don Vicente hizo reproducir en esmalte los principales pasajes del *Quijote*, comenzando por la primera andanza del divino alucinado en «un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme».

El centro de la finca ocúpalo la antigua casa, un sencillo edificio de madera. Es una casa provinciana española en la cual habita doña Rosa. Detrás de ella tres o cuatro nuevas edificaciones sobrepuestas, amplias, de atrevida fabrica y de dudoso buen gusto arquitectónico. Ramón Jiménez nos dice que don Vicente dirigió en persona la construcción de esos nuevos edificios. El edificio que corona el conjunto y que semeja una atalaya morisca estaba destinado a ser la habitación de don Vicente, y tal vez su estudio. Desde allí se domina el incomparable panorama del Mediterráneo y de los Alpes Marítimos. Evidentemente, el gran imaginativo construyó su palacio a impulsos de sus momentáneos caprichos y de sus visiones de artista, y produjo una obra que no subyuga ni siquiera admira por su belleza y armonía. Sus últimos caprichos fueron la construcción de un «aquarium» para peces de agua dulce y agua salada, y la conversión de las terrazas en huerto de árboles frutales, especialmente naranjos y limoneros de Valencia. Ambas obras las ha dejado casi terminadas.

El estudio de Blasco Ibáñez

Pero no son estos detalles materiales los que nos interesan. Lo que codicia nuestro interés literario y acucia nuestro interés artístico es penetrar y estar encerrado en el taller de trabajo, en el estudio del grande genio creador. Es un edificio separado de la antigua finca, construido casi a ras del suelo. Un edificio rectangular, sin pretensiones ni estilo. Entramos emocionados. Estantes, grandes estantes. Estantes llenos de libros en muchos idiomas. Las obras de Blasco en distintas clases de ediciones y en todos los idiomas en que se han traducido. Notamos algunas en chino, japonés y árabe. Y luego retratos con autógrafo de grandes figuras literarias y de eminentes amigos. Y artísticos cuadros, bibelots y bellas naderías y recuerdos sentimentales que tanto gustan a los literatos. Rápidamente hacemos un inventario mental de los objetos que más llaman nuestra atención: un soberbio grupo escultórico de bronce de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, regalo del gran director cinematográfico Rex Ingram, al «inmortal creator of the *Four Horsemen of the Apocalypse*», y retratos con autógrafo de Emilio Zola, de Anatole France y de los célebres intérpretes cinematográficos de sus famosos personajes novelescos: de Pearl White, «To the greatest of them all»; de Alice Terry «To the immortal Blasco Ibáñez» y de Rudolph Valentino, vestido de «poilu», y con esta dedicatoria en castellano «Al glorioso e inmortal creador de Julio Desnoyers».

La mesa de trabajo es pequeña y sencilla. Nos pareció algo extraño — pensando al modo vulgar— que en aquel modesto instrumento de labor el maestro haya podido escribir tantas y tan maravillosas obras. Y movido por la curiosidad y la vanidad de querer compaginar la naturaleza del instrumento con la valía de la producción, preguntamos al buen Ramón Jiménez si el maestro había trabajado mucho en aquella mesa.

Trabajador incansable

—No —nos contestó—. La verdad es que don Vicente en los últimos veinticinco años de su vida nunca se había tomado el trabajo de escribir sus obras. Él los dictaba a un mecanógrafo. Y trabajaba sin cansarse, durante muchas horas seguidas, de día y de noche. Y muchas veces se olvidaba de comer y tenía que llamarle con insistencia la señora. Aquel don Vicente era terrible. Era un gran escritor, un incansable obrero, y un gran fabricante de oro. Siempre tenía obras en casa, obras que le costaban un dineral, y cuando veía que sus fondos escaseaban a fuerza de tantos gastos, se encerraba en su estudio, terminaba en poco tiempo una nueva obra y el oro volvía a chorrear por casa. Sí, señor, don Vicente era un gran cerebro y un fabricante de oro.

Asentimos ante verdad tan manifiesta. Realmente, una de las pasiones dominantes del gran hombre fue la de hacer mucho dinero, porque, como él decía, «el hombre moderno debe vivir bien, y para vivir bien hace falta mucho dinero».

Un detalle que nos ha conmovido en el estudio de Blasco: la bandera de la República Española con un crespón de luto y esta dedicatoria de los republicanos de Valencia: «Los republicanos de España a Vicente Blasco Ibáñez, uno de los creadores de la República Española».

El cine del maestro muerto

Antes de dejar Fontana Rosa Ramón Jiménez insistió en que visitáramos la sala de proyecciones cinematográficas del maestro muerto. Uno de los postreros entusiasmos de Blasco fueron las películas de sus grandes novelas. Allí está el gran salón con su máquina de proyecciones. Allí están todos los grandes cartelones que anunciaron al mundo la exhibición de *Los cuatro jinetes*, de *Sangre y arena* y de otras películas cuyo argumento escribió el insaciable creador de vidas y pintor de almas. Allí las fotografías de los actores principales y los reclamos de revistas y periódicos. Aquello es el museo cinematográfico de las obras de Blasco. Aquello le dio fama y dinero, dos cosas muy gratas al corazón de don Vicente hombre romántico y hombre moderno, que supo vivir con comodidad y holgura y supo también satisfacer las ansias del espíritu; un grande hombre que quiso buscar refugio en la Costa Azul para que sus visiones y sus sueños, en el ocaso de su vida fueran de color azul, que es de ensueño y de optimismo creador.